

Pedro Orgambide

Aquel día de octubre

De Mujer con violoncello, Ediciones Beas, Buenos Aires, 1993.

I

Aquel 17 de octubre de 1945, el señor Homero Stábile, hombre aficionado a las mitologías, salió de su casa en busca de cigarrillos. Nunca regresó. Sus amigos del café Las Diez Esquinas, recuerdan que esa tarde lo vieron sumarse a una columna que marchaba hacia el centro, coreando el nombre del Coronel.

Se dejó llevar por la multitud que otros llamaban la turba. Así llegó a la Plaza de Mayo.

Supo que nadie lamentaría su ausencia. Intuyó que ese día de octubre le era favorable; vio a los muchachos que se trepaban a los techos, a las cornisas de los edificios cercanos, a las columnas del alumbrado público, a la estatua ecuestre y la pirámide de la Plaza. Observó a las mujeres y hombres fatigados por la larga marcha (venían del suburbio, del cinturón fabril de Buenos Aires) y no se sorprendió demasiado al ver que los hombres se arremangaban los pantalones y refrescaban sus pies en la fuente de la Plaza histórica.

No obstante, no se atrevió a imitarlos. Un viejo temor, una antigua noción del decoro, le impidió ese alivio en la tarde calurosa de octubre. Tampoco se despojó del saco, y menos, claro, de la camisa. No pudo imitar a esos hombres de pecho desnudo que coreaban el nombre del caudillo. Sólo se permitió aflojar un poco el nudo de la corbata, mientras sonreía a la morocha que atornillaba un dedo en la sien y le preguntaba si estaba loco por andar vestido así, como si estuviera en la oficina. La morocha se inclinó sobre la fuente y se mojó las manos y los brazos y las enormes tetas que parecían escaparse del vestido.

En los umbrales de la Catedral, los mendigos soñaban con un Juicio ecuánime, con una nueva repartición de los panes y los dones del Cielo.

Una ola de calor, como de viento Zonda, agitó los cabellos de las mujeres que se arrojaron a la fuente y mojaron sus muslos.

Por todas partes se oían las voces de los humillados. Los dejados de la mano de Dios se metían en el agua. "Se purifican" —pensó Homero Stábile, aficionado a las mitologías. Memoró un río de la India, algunas ceremonias del Brasil. La morocha lo llamó, como invitándolo a su bautismo político, a la desfachatez y la insolencia popular. "Todavía no puedo", se disculpó. No era fácil cambiar de un día para otro.

Fue entonces cuando Homero Stábile vio entre la multitud al otro Homero, a Homero Manzi, poeta del tango y creyente del caudillo. Lo rodeaban los payadores con sus guitarras, con sus ponchos y chalinas sobre los hombros.

—Me alegro de verlo aquí, mi amigo —le dijo Manzi. No se conocían. Pero ese detalle parecía no tener importancia aquella tarde en que los hombres se daban trato de hermanos.

—A mí nunca me interesó la política—se sinceró Homero Stábile.

—... Y, sí... es muy turra —reconoció el otro Homero.

—A mí me gustan mucho sus tangos... sus versos... pero de política entiendo poco.

—Lástima.

—¿Por qué?

—Es la otra cara de la luna.

Misterioso, Homero dejó que los payadores siguieran el comentario, sin versos ahora, sólo con el rasgueo monótono de las guitarras.

Entonces los vio: agazapados, surgieron de la música unos gauchos andrajosos. Homero Stábile intuyó en esos hombres la afición al canto y la pelea.

—Cantores de antes —explicó Homero Manzi.

—No los conozco.

—Me lo imaginaba. No figuran en los catálogos.

Los cantores se echaron a reír. Tal vez la palabra catálogo les causó gracia.

—Poetas de la barbarie —los disculpó Homero.

—Pero son sus amigos...

—Sí, claro... ¿qué otros? Ellos me enseñaron a cantar.

El aficionado a las mitologías no intentó discutir, pero desconfió de las lecciones que pudieran darle esos gauchos, que ahora se desparramaban por la Plaza, gritones, anacrónicos, dando vivas a los caudillos muertos. Ninguno advirtió la vejez de sus ropas, la desmesura de los cuchillos, las rudezas de su habla.

—Son como extranjeros—dedujo Homero Stábile.

—Cierto. Como extranjeros en su Patria —precisó el poeta de los tangos.

II

Homero Stábile, pariente lejano de un famoso futbolista del mismo apellido, no dejó ninguna obra que lo recuerde. En cambio, a través de la memoria de sus amigos, de los muchachos del café Las Diez Esquinas, se sabe que era hombre de desordenadas lecturas y cierta erudición que sus amigos exaltan, mientras recuerdan aquel día de octubre en que desapareció.

Hay quienes repiten una vaga teoría de Homero, la de una poesía en acción que se manifiesta a través de metáforas como el caballo de Troya.

—Hablabo mucho de esas cosas —recuerda un parroquiano.

—Decía que toda historia se transforma en leyenda.

—Es lo que dijo un día antes de desaparecer.

—Habrá creído que ése era su día —dice uno de los tipos del café.

—Ya no me acuerdo. Pasó mucho tiempo desde entonces.

—Allí enfrente había una estación de tranvías.

—¿Te acordás?

—Sí, es de lo único que me acuerdo.

El tiempo, el inevitable deterioro de la memoria, no logra borrar la imagen de Homero Stáble.

—Era un hombre prolijo.

—Se perfumaba la cara como caralisa.

—Muy porteño él.

—Fumaba mucho.

—Me parece verlo tomando su cañita en el mostrador.

Hablan de Homero Stáble y de una época que, según ellos, fue feliz. Lo ven a Homero entrando a la Academia Pitman, donde aprendió contabilidad y un poco de inglés. Dicen que solía recitar en ese idioma el poema IF, de Kipling.

—Parecía un actor de cine. A propósito: ¿ve? En esa esquina estaba el cine Río de la Plata.

—Teníamos de todo aquí —opinan los muchachos del café Las Diez Esquinas.

—¿Sabe de quién es esa estatua? Es del Cid Campeador. Homero nos dijo que ganó una batalla después de muerto. ¿Qué me dice?

Autodidactas, se muestran jactanciosos con sus conocimientos.

Pero ninguno puede explicar por qué desapareció Homero Stábile aquella tarde de octubre de 1945. Y a lo mejor no hace falta.

III

No se puede modificar el tiempo, la geografía del tiempo, el desplazamiento de las personas y las cosas. No puede ser otra aquella tarde de octubre de 1945, cuando Homero Stábile intuye que ha vivido para contar ese momento, del mismo modo que el otro Homero contó la batalla de Troya y otro —¿qué importa el nombre?— las hazañas del Cid Campeador, que ahora es estatua frente al café Las Diez Esquinas.

O dicho de otro modo: Homero Stábile oye el mandato, el imperativo de la creación. Él no puede (no debe) eludir esa responsabilidad. Sin embargo, se siente algo molesto, porque la épica no es su fuerte. Preferiría el intimismo de una letra de tango.

De la nada, del aire, de alguna lectura en la biblioteca pública del barrio, le llega la palabra aeda. "Soy un aeda", se dice y mira a un muchacho con el pecho desnudo que se abraza a la bandera argentina. Otros, enarbolan los estandartes, las pancartas de los sindicatos. Homero sabe que la poesía está allí, gestándose, sin escritura aún. Un fotógrafo, trepado a un árbol, registra algunas imágenes de la plaza. Pero Homero Stábile sabe que este trabajo nada tiene que ver con el suyo. Esa verdad momentánea será mentira al día siguiente. La suya no. Aunque tarde años, aunque tarde un siglo en nacer. "¡Dios mío, Dios mío! —piensa el hombre— si fuera un novelista al menos podría agregar otra historia a la historia. Pero no, mi papel es otro".

Homero Stábile se ve rodeado de semidioses, de ágiles guerreros, de mensajeros alados que corren de una isla del Tigre al Hospital Militar y traen noticias del Coronel, apresado por sus propios camaradas.

En la estatua ecuestre de Belgrano, Homero Stáble ve al Cid Campeador. Está inspirado, como borracho.

—Che... ¿dónde te habías metido? —pregunta la morocha.

—Andaba por ahí...

—Tené cuidado. Es muy fácil perderse.

—No estoy ciego —dice Homero y, en ese instante, conoce la oscuridad, el designio de avanzar, a ciegas, entre las pasiones y catástrofes de la Historia.

—Yo a vos te conozco de alguna parte... —dice la mujer—. Yo trabajaba de manicura por Primera Junta. ¿Vos no ibas a bailar tangos a lo de Gaeta?

—¿Cómo te llamás?

—Elena.

—Helena, sí, te recuerdo.

—Si los milicos siguen jodiendo, aquí arde Troya —dice la mujer.

—Troya —memora el aficionado a las mitologías.

—¿Pero qué te pasa a vos? ¿Repetís todo como un loro? —se ríe la morocha.

El aeda del Sur sabe que es así. Uno repite la historia que nunca es igual.

IV

El otro Homero, llegó al frente de una columna de músicos de tango. Venían de los cabarets, de las milongas, de los salones de baile, de patios y enramadas, de los clubes sociales y deportivos, de los banquetes, los teatros de revistas, los casamientos, los bailongos de la Costanera, los auditorios de las radios. Algunos vestían smoking; otros, trajes oscuros. Todos llevaban el pelo engominado. Caminaban

de perfil, algo agachaditos, como si bailaran. Se llamaban entre sí por sus apodos, por sus diminutivos: "Nene", "Pibe", "Carlitos", "Tuerto Baboso", "Cachito". Fumaban con boquilla. Usaban gemelos con las iniciales grabadas. Olían a agua de colonia, a tabaco, a mujer.

—¡Pónganse cómodos, muchachos! —ordenó el otro Homero.

Homero Stábile comprendió que había llegado el momento. Había que pedir a los dioses el favor de la palabra. Como antes. Como siempre. El músico (el que tañe la lira, el payador con su guitarra, el tanguero y su fuelle) era el mediador, aquel que llevaba al poeta a la posesión de la palabra. Pero se necesitaba la inspiración, la musa. Entonces la vio: con sus grandes tetas y su vestido mojado, una diosa, una reina como Helena, la Elena de Primera Junta.

—Helena —murmuró.

—Sí, varón.

—Dame la Palabra, piba.

—Soy de palabra, soy una mina derecha, te lo juro.

Sonaron los fueyes, se abrieron sobre las rodillas de los hombres de la noche, que se curvaban, ceremoniosos, sobre los instrumentos.

La morocha, como hipnotizada por la música, se acercó a Homero Stábile. El hombre tomó a la mujer por la cintura, le acomodó una mano arriba de las caderas. La llevó despacito. Tanguaban entre los gritos de la multitud, los cánticos, las injurias. Ella se dejó llevar por Homero, reclinó la cabeza en su hombro. Tranquilo, seguro, el hombre se dejó llevar por el ritmo, por la música de las palabras que luego iba a descifrar. Al fin, todo era un tango. El hombre condujo a la mujer por la invicta tristeza de la música. Ella insistió que era como morir, como olvidarse de una.

V

Homero Stábile creyó oír, en griego, los versos yámbicos de una posible épica. Pero eran los gritos de los muchachos que puteaban a

los militares por no liberar al Coronel de Pueblo. Los más exaltados quemaban un muñeco de paja, con la figura del embajador norteamericano. "No es necesario llegar a esos extremos —opinó la morocha— no es para tanto...". Homero Stábile vio a las figuras del Coro, a un emisario ciego que traía funestos presagios. Según él, los milicos se mantenían en sus trece y amenazaban con matar al prisionero. "¡No, eso no!" —gritó la morocha, presintiendo la tragedia. A Homero Stábile la escena le pareció muy buena, digna de esas obras de los griegos que él leía en primorosas traducciones españolas. Entretanto, llegaban a la Plaza los empleados de las oficinas públicas. Se quitaban las mangas de lustrina, tiraban los libros de contabilidad, los comprobantes de la deuda externa, los informes (siempre confidenciales) a los ministros de incontables gobiernos. La morocha dijo que la cosa no era para tanto, que mientras hay vida hay esperanza. Contó que en el Hospital Militar, el Coronel escribía cartas a su novia, una actriz de radioteatro y le decía chinita, chinita querida y le prometía alejarse del batifondo, negra, negrita, porque estaba cansado, muy cansado y quería retirarse y vivir como la gente. Pero el hombre propone y los dioses disponen. Todos saben que la Historia fue otra.

—Uno ve lo que sueña —explicó el otro Homero—. No es que las cosas sean así realmente.

Fue necesaria la aclaración porque en ese momento Homero Stábile vio a tribus de indios que ocupaban la Plaza y fundaban otro país, bajo la advocación del Sol y de la Luna. Fue necesaria la aclaración, sí, porque llegaban los jóvenes jacobinos e improvisaban versos, tratados de jurisprudencia, mientras los matarifes los llamaban cajetillas y les tiraban bolas de cebo. Fue oportuna la aclaración, porque de otro modo era muy difícil explicar esa procesión de la Iglesia, que parecía no terminar nunca, con cardenales, obispos, monjes, curas de campaña, sacristanes, diáconos, capellanes, beatas, monjas, monaguillos e Hijas de María que cruzaban la Plaza desde la Catedral a la Casa de Gobierno.

"Son las suplicantes de la tragedia", pensó Homero Stábile con afán autodidacta.

Pero el otro Homero insistió en que su tocayo sólo veía aquello que soñaba. La realidad era más sencilla; era ese montón de gente que pedía por el Coronel de los Pobres.

—Usted sueña la Argentina y cree que sueña el mundo, el universo. Pero esos son delirios de grandeza.

"Algo muy argentino", concluyó el otro Homero.

VI

"Hay hombres que no se conforman con nada", filosofa la morocha después de tantos años. Recuerda que mientras la gente gritaba y cantaba, exigiendo la libertad del Coronel de los Pobres, Homero Stábile se puso a llorar de emoción porque oía, a lo lejos, la música de un verso único, que iba a justificar aquella tarde.

—Ahora puedo morirme...

—¡Chiflado! Eso es lo que sos. ¿Quién quiere morirse en medio de la fiesta?

Entonces el hombre se arrodilló y le besó las piernas y estuvo un largo rato abrazado a los muslos de la mujer.

"Suerte que la gente estaba ocupada en otra cosa, si no... ¡qué papelón!... ¿no es cierto?...".

Ella recuerda que lo llevó hasta la boca del subte, que lograron correr la verja de protección. Bajaron las escaleras y llegaron al andén vacío.

Homero Stábile creyó que estaba en el Infierno.

—Estaba muy nervioso, pobrecito —cuenta la mujer.

Para reanimarlo ella lo llevó hasta el último vagón de un tren abandonado.

—Fíjese, parecía una criatura...

Generosa, ella le ofreció sus pechos, en los que Homero Stábile soñó que bebía el néctar de los dioses.

El tren comenzó a andar. Corría por los túneles, pasaba frente a las estaciones vacías. De pronto, en un desvío, pareció acelerar su marcha. La mujer cree que viajó por el tiempo, porque de pronto, señor, la gente subía al tren y repetía una escena de 1935, por ejemplo, o de la mañana de 1941, para no ir más lejos y una oía sus voces, sabía que estaban allí aunque enseguida desaparecían, como si no quisieran molestar, como si no quisieran ocupar el lugar de los vivos.

Bajaron en la terminal. La mujer llevó al hombre hasta la salida.

"Nos perdimos lo mejor de la fiesta" —dice la morocha con cierto rencor. Ellos no estaban en la Plaza cuando llevaron al Coronel y él saludó a la multitud, cuando los descamisados vitorearon su nombre. Estaban en una pieza del hotel familiar, donde vivía la morocha. Allí, Homero Stábile comenzó la redacción de un poema épico en celebración de ese día de octubre. "Mientras él escribía, yo le cebaba mate", recuerda la morocha. Durante algunas horas Homero Stábile, aeda del Sur, creyó que era feliz.

Por momentos, Homero Stábile interrumpía su labor para ver a la gente que regresaba de la Plaza aclamando al Corone, y maldiciendo a los ricos.

A ella le pareció que el hombre hablaba en otro idioma. No entendió una palabra de lo que decía. Se sorprendió al verlo murmurar, "como si rezara, como un cura". Se abstuvo de hacer comentarios, porque el hombre, de pronto, tenía un aspecto feroz, la mirada perdida, de loco.

Desde las piezas vecinas, llegaban las voces del bailongo, mucha risa y chamamé.

La morocha abrió la puerta. Lo dejó solo.

VII

Horas más tarde (ya era el amanecer del nuevo día) un hombre apareció por los baldíos cercanos al puerto, recitando, en voz alta,

palabras ininteligibles. Dicen que hablaba en un idioma extraño, muy antiguo. Los que lo vieron, quienes lo oyeron, cuentan que parecía poseído y que irradiaba una indefinible dulzura. Lo seguían, dicen, algunos crotos, linyeras del puerto. El personal uniformado, encargado de la vigilancia, trató de apresarlos. Pero el hombre echó a correr.

Fue así como desapareció Homero Stábile aquel día de octubre de 1945. Durante un tiempo, sus familiares lo buscaron por las comisarías y hospitales de la ciudad. Poco a poco, se acostumbraron a su ausencia.